



Al cumplirse un año del fallecimiento del Dr. Federico Vervoorst, nuestra revista ha querido recordar al apreciado Maestro. La especial personalidad del Dr. Vervoorst, en lo que se destacaba su reconocida erudición, su gran capacidad de encarar los amplios y disímiles problemas de la botánica y su generosa entrega intelectual, nos ha dejado en lo científico, en lo humano y en lo anecdótico una rica y variada herencia de reminiscencias. Por ello la Editora de *Lilloa* ha invitado a dos científicos de nuestra institución para que, desde sus experiencias, recuerden a quien ha dado tanto a las Ciencias Naturales de esta parte del continente.

Federico Vervoorst... un recuerdo



Un día de junio del año pasado, mientras caminaba por los cerros tucumanos, un dilema que el paisaje me presentó me trajo a la memoria a Federico Vervoorst y pensé: hace mucho que no visito al doctor y —acoté para mis adentros— esto puede ser una excelente excusa para ir a verlo. El dilema en cuestión quedará así, ese lunes al llegar al Instituto me enteré de que había fallecido.

El doctor, como con respeto no exento de cariño lo llamábamos los que tuvimos la suerte de frecuentarlo, era la persona a la que invariablemente acudíamos para despejar cuestiones de campo relacionadas con nuestro oficio o simplemente para deleitarnos con relatos y descripciones geográficas que su vasto conocimiento y prodigiosa memoria pintaban de nuestro noroeste.

Su carácter severo encerraba un ser sensible con mucho de niño, tan acertadamente descrito por su esposa Marta en su cuento “Taficillo”. Tenía agendadas —no sé si en papel o en mente— las fechas especiales de sus alumnos más cercanos, a los que en tales ocasiones sorprendía generalmente con un libro dedicado. Recuerdo el día que casi sin conocerme y ante un viaje de campo que planeaba

costear con mis escasos ingresos de auxiliar estudiantil, acudió a mi lugar de trabajo y alcanzándome dinero me dijo: “Tome para su viaje y no me lo devuelva a mí, sino que cuando usted pueda haga lo mismo con otros estudiantes”. Así era el doctor.

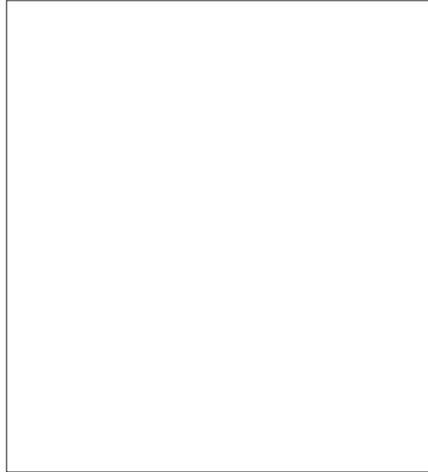
En las escasas salidas de campo que tuve suerte de compartir siempre estaba adelante el maestro, el que no sólo impartía conocimiento sino que exigía de sus circunstanciales acompañantes atención y observación, sobre todo observación.

Hace unos pocos años, retirado él ya de la actividad lilloana cotidiana, ante una invitación que le hice para un viaje en vehículo a la alta montaña, su entusiasmo inicial se vio truncado por la recomendación médica que no lo aconsejaba. Ahí caí en la cuenta de que lo perdíamos.

Su desaparición física seguro que no la sentimos sólo nosotros, también la sentirán con más pesar su “Gustavito” (como familiarmente llamaba a su pequeño auto), el “pino del cerro” devenido “maitín” de su jardín y su jardín mismo.

HUGO AYARDE (“El Hugo”)

Hombre bondadoso, conocimiento enciclopédico



Quienes conocimos y frecuentamos al Dr. Federico Vervoorst no dudaríamos en caracterizarlo por su rigurosidad. Tanto en lo profesional como en lo personal, este rasgo lo definía y así lo transmitía en sus investigaciones. Prueba de ello fue el mapa fitogeográfico de Tucumán, un insumo básico para cualquier estudio de base, que él publicara por la necesidad de otros colegas, pues si de él hubiera dependido estoy seguro de que lo habría llevado a más detalles. Su pérdida física significó no sólo que se fue un hombre bondadoso, sino el conocimiento enciclopédico que poseía de la vegetación de muchas áreas del mundo y en especial del Noroeste Argentino. Detalles de la flora, geología y hábitats en Tucumán fueron su pasión. Geólogo de formación, en su carrera docente cubrió distintos cargos hasta llegar a Profesor Titular en lo que fuera la Escuela de Ciencias Naturales, y que posteriormente se convirtiera en Facultad de Ciencias Naturales, becario Humboldt, miembro de la Academia Nacional de Ciencias, Asesor Honorífico de la Fundación Miguel Lillo fueron algunos de los reconocimientos a su labor. Poseía también sólidos conocimientos de varios idiomas e incluso con un fuerte interés

en el “quichua”, a tal punto que entre sus tareas se hallaba la de agregar palabras a un diccionario “quichua-español” que siempre llevaba con él. El abordaje de sus estudios es lo que hoy llamaríamos “Ecología del Paisaje”, es decir entendía que para explicar la distribución de vegetación espacial y temporalmente era necesario conocer el sustrato físico, el clima y el uso de la tierra, entre otros. Sus estudios con el International Biological Program (IBP) en la zona de Pipanaco, en la década de 1970, lo convirtieron en una referencia en ese tipo de abordaje. Su preparación le permitía abordar temas microscópicos, como el estudio de los granos de polen, hasta temas macro, como el mencionado en Pipanaco o la distribución de la vegetación en diferentes pisos altitudinales. Tampoco descuidó las colecciones botánicas y ellas pueden dar prueba de su rigurosidad con sólo leer los detalles de los sitios de colección. Sin duda un grande que extrañaremos y que en su paso por “el Lillo” sembró el amor a la ciencia y a la verdadera amistad como lo hacen pocos.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ